

espíritu prefirió al prestigio de un poder único los cuidados y divisiones de un poder compartido, y comparado con sus enemigos? Él mismo ha explicado que sin la alianza de Ledru Rollín se consideraba incapaz de dominar al partido radical (1). Hay que creer que era entonces sincero, pues, al obrar así, se convertía en el más cruel enemigo de su reputación y de su gloria. Sea como fuere, en sus entrevistas con sus colegas del Hotel de Ville no vaciló en apoyar la creación de una comisión gubernamental, é insistió porque en ella tuviese representación el partido más avanzado. En virtud de este acuerdo, M. Dornés leyó el 8 de mayo en la tribuna una proposición para que la Asamblea confiara el poder ejecutivo á una comisión compuesta de cinco miembros y para que estos cinco miembros fuesen los ciudadanos Lamartine, F. Arago, Ledru-Rollín, Garnier-Pagés y Marie. El principio de la moción fué escuchado en silencio. Pero cuando el Sr. Dornés quiso leer los nombres que proponía al sufragio de sus colegas, estalló un verdadero tumulto. Con la susceptibilidad propia de las Asambleas nuevas, los representantes se indignaron de que se les quisiese imponer una candidatura. La indignación fué tan grande, que el presidente tuvo que suspender la sesión. Al reanudarse, después de media hora de interrupción, el Sr. Dornés reprodujo su proposición, sin designar personas. Los diputados se reunieron en secciones para nombrar una comisión encargada de examinar la proposición Dornés y todas las otras relativas á la constitución del poder ejecutivo.

(1) Lamartine, *Histoire de la révolution de février*, tomo II, pág. 373.

La comisión se reunió aquella misma tarde, y en su seno se rasgaron todos los velos. Después de mucho discutir, emitió dictamen favorable al nombramiento directo de los ministros por la Asamblea.

El día siguiente, 9 de mayo, leyóse el dictamen de la comisión en la Asamblea y se abrió en seguida la discusión. Apoyó el dictamen Odilón Barrot. Pero Lamartine combatió las conclusiones de la comisión é hizo triunfar el sistema de nombramiento de una comisión ejecutiva encargada de nombrar á su vez á los ministros. La Asamblea acordó confiar el poder ejecutivo á una comisión de cinco miembros, eligiendo á los señores Arago, Garnier-Pagés, Marie, Lamartine y Ledru Rollín.

El deseo de Lamartine quedaba cumplido. Pero éste había alcanzado su victoria más contra sí mismo que contra el partido del orden.

Un mensaje anunció el día siguiente el nombramiento del ministerio. Cremieux tuvo la Justicia, Recurt el Interior, Duclerc la Hacienda, el vicealmirante Cazy la Marina, Carnot la Instrucción pública; Bethmont, Trélat y Flocón recibieron respectivamente las carteras de Cultos, Obras públicas y Agricultura y Comercio. El teniente coronel Charras desempeñó interinamente el ministerio de la Guerra hasta la llegada del general Cavaignac; M. Bastide, secundado por Julio Favre, subsecretario de Estado, fué nombrado ministro de Negocios extranjeros. Marrast siguió siendo alcalde de París, y Caussidière prefecto de policía. Como se ve, el personal del antiguo gobierno provisional se perpetuaba en el nuevo régimen.

## LIBRO QUINTO

### EL ATENTADO DEL 15 DE MAYO

- SUMARIO: I (*Extracto del texto de La Gorce*).—Irritación del partido demagógico contra la Asamblea; intención de destruirla ó avasallarla. Se busca una ocasión para alterar el orden; cuestión de la organización del trabajo; cuestión polaca.—Conciliábulos en casa de Sobrier y en el salón Doullans; se decide una manifestación para la cual Polonia servirá de pretexto; fecha del 15 de mayo adoptada; disposiciones de los jefes de club y de las fuerzas insurreccionales; el 13 de mayo.—Medidas de defensa acordadas por el presidente de la Asamblea y por la Comisión ejecutiva; mando superior confiado al general Courtais; el general Courtais en el Estado mayor; sus instrucciones, su falta de precisión; seguridad engañosa.
- II (*Extracto del texto de La Gorce*).—Organización de la manifestación; ésta parte de la plaza de la Bastilla; el cortejo sigue la línea de los púlevares; las disposiciones hostiles se acentúan; la Comisión ejecutiva recibe informes alarmantes, pero cuenta con el general Courtais.—Insuficiencia del general; incertidumbre de sus órdenes; su inmovilidad en el Estado mayor; la manifestación le sorprende; el general le sale al encuentro para cerrarle el paso; fracaso de su tentativa; mala inteligencia, á causa de la cual la primera legión se ha quedado en la alcaldía; débiles fuerzas que guardan el puente de la Concordia; increíble actitud de Courtais; éste manda despejar el arroyo del puente, desarma á la resistencia y hace abrir las verjas; el palacio es invadido.
- III (*Extracto del texto de La Gorce*).—Sesión parlamentaria: interpelaciones sobre Polonia. Discurso de Wolowski; tumulto fuera; grito de alarma de Degoussé; los amotinados en el salón de sesiones; intervención de Luis Blanc; Raspail lee la petición; Barbés; Blanqui; tumulto creciente; amenazas contra varios representantes; se oye el toque de llamada; indescriptible desorden; proposición de Barbés; Huber declara la Asamblea disuelta; el presidente Buchez abandona el salón; los representantes se dispersan; su consternación; aspecto del salón de la Asamblea después de la partida de los representantes; Barbés y Albert se marchan al Hotel de Ville.—Llegada de la guardia móvil y de la guardia nacional; se reanuda la sesión.
- IV.—Lamartine y Ledru-Rollín se van al Hotel de Ville; de qué manera extraña Barbés, Albert y sus amigos se habían instalado en la casa de la ciudad; qué decretos habían dictado.—Su arresto.—Arresto ó huida de todos los fautores de la sedición.
- V.—Noche del 15 de mayo; fisonomía de la Asamblea; medidas de firmeza imperiosamente reclamadas por los representantes; cólera contra Luis Blanc: la Comisión ejecutiva se decide á realizar algunos actos de energía; destituciones; Caussidière llamado al Pequeño Luxemburgo; singularidad de su actitud; su proclama; su discurso el 16 de mayo en la Asamblea; su retirada.—Carácter de la jornada del 15 de mayo. Sus consecuencias.

#### I

Apenas instalada la Asamblea, los vencidos del escrutinio se propusieron destruirla por medio de la violencia ó avasallarla por medio de la intimidación. Hacía tiempo que habían anunciado tales propósitos. La cuestión estaba en ver con qué apariencias cubrirían su audaz proyecto.

Creyóse de pronto que la cuestión de la organización del trabajo proporcionaría el pretexto deseado. Mientras los miembros del antiguo gobierno provisional se habían perpetuado, ya en la Comisión ejecutiva, ya en los grandes empleos públicos, Luis Blanc, con su compañero Albert, había sido eliminado. Disimulando mal su despecho, subió el 10 de mayo á la tribuna y pidió la creación de un *ministerio del progreso*. La Asamblea escuchó con una impaciencia poco disimulada sus ambiciosas teorías; en cambio prodigó sus aplausos al representante Peupin, obrero, que se expresó en estos términos: «No quiero un ministerio del progreso, porque no conozco ningún ministerio de la rutina. Pido que el ministerio del trabajo sea simplemente el ministerio de Obras públicas... Delegado de los trabajadores cerca de la comisión del Luxemburgo, no diré que esa comisión haya sido culpable, por la sencilla razón de que no es culpable el que no ha hecho nada...» La proposición de Luis Blanc fué desechada casi por unanimidad. Como era de esperar, la mayor parte de los delegados del

Luxemburgo, muy diferentes del representante Peupin, sintieron vivamente la derrota. Como se había anunciado una fiesta oficial para el 14 de mayo, con el nombre de *fiesta de la Concordia*, la irritación de dichos delegados se manifestó en el siguiente cartel fijado el 11 en las esquinas de París:

#### «OBREROS:

»No habiéndose cumplido las promesas hechas en las barricadas, y habiéndose negado la Asamblea nacional, en su sesión del 10 de mayo, á constituir un ministerio del trabajo y del progreso, los obreros, delegados del Luxemburgo, se niegan á asistir á la fiesta llamada de la Concordia.

»París, 11 de mayo de 1848.

»LAGARDE, presidente; BESNARD, vicepresidente; GODÍN, LAVOIE, LEFAURE, DELET, PETIT.»

Durante algún tiempo, los descontentos pensaron sacar partido de aquellas disposiciones hostiles en provecho del desorden.

Pero surgió entonces una ocasión mejor para disturbios. Cada día llegaban desconsoladoras noticias del gran ducado de Posen, donde los polacos, siempre sin esperanza y siempre sin miedo, luchaban por su independencia. Aquellas noticias eran tan graves, que habían determinado una interpelación parlamentaria, incluida en la orden del día del 15 de mayo. No había

en Francia otra causa tan popular. Raspail acababa ya de hacer adoptar en su club una petición en favor de la heroica y desdichada nación. ¿No sería posible organizar en favor de Polonia una manifestación solemne y hacerla degenerar en motín? La idea prosperó: la cuestión polaca era una de esas cuestiones vagas e insolubles que pueden conducir á todo, precisamente porque, reducidas á sí mismas, no pueden conducir á nada.

El 11 de mayo, los jefes de club se reunieron en conciliábulo en casa de Sobrier. El día siguiente se celebró en el salón Dourlans, cerca de la barrera de la Estrella, otra reunión á la cual fueron convocados los combatientes de las barricadas y á la cual acudieron seiscientos personas. Huber, jefe del *Club centralizador*, que había reemplazado al *Club de los clubs*, presidió la asamblea. Decidióse organizar una demostración en favor de Polonia para el día 15 de mayo. Fijóse como punto de reunión la plaza de la Bastilla, y como hora las diez de la mañana. La manifestación había de seguir la línea de los bulevares é ir al Palacio Borbón con el objeto de presentar una petición á la Asamblea. Los manifestantes llevarían ó no llevarían armas? Este último punto no fué explícitamente resuelto: pero quedó bien entendido que si eran atacados se defenderían (1). Tampoco se precisó la manera de desnaturalizar el carácter de la manifestación: ello se dejó á la ventura y á la exaltación popular.

Entre los jefes del partido democrático había algunos que no se atrevían á aprobar tales designios. Barbés, cuyo espíritu ofrecía tan singular mezcla de arrebatos criminales y de ardores místicos, parecía inclinarse á las resoluciones moderadas. Luis Blanc, á pesar de que había sufrido cruelmente en su amor propio por los desdenes de la Asamblea, temía que una tentativa abortada redundase en provecho de la reacción. El mismo Blanqui, aunque partidario de las medidas extremas, creía poco en el éxito, y lejos de dar el impulso, se dejaba arrastrar por su club. En cambio Sobrier contenía difícilmente el ardor enfermizo de su alma: su periódico *La Commune de París* prodigaba el insulto á la representación nacional: en su casa de la calle de Rivoli se redactaron de antemano una serie de decretos que se han encontrado después y que disolvían la Asamblea, creaban un comité de salud pública é instituían un impuesto progresivo sobre los capitalistas (2): ciertos clubs, como el *Club alsaciano*, publicaron el aviso de que los patriotas que careciesen de armas las encontrarían en casa de Sobrier (3). Villain, aunque algo inquieto, estaba dispuesto á poner al servicio de la demostración el contingente de la *Sociedad de los derechos del hombre*. Huber había presidido la reunión del salón Dourlans. Raspail, irritado por su derrota electoral, había sido el primero en promover la manifestación polonesa. Sin contar sus clubs, Sobrier, Villain, Huber y Raspail pretendían agrupar en torno suyo á los obreros del Luxemburgo, irreconciliables desde la caída en desgracia de Luis Blanc; á los trabaja-

(1) Alto Tribunal (*Haute cour*) de Bourges, proceso de los acusados del 15 de mayo, declaraciones de Dagneaux y Dandurand, audiencia del 10 de marzo de 1849.

(2) *Enquête parlementaire*, tomo II, págs. 268 y siguientes.

(3) Informe de policía (*Enquête parlementaire*, tomo II, página 228).

dores de los talleres nacionales, que empezaban á bullir, y á los delegados de los departamentos que habían llegado á París para asistir á la *fiesta de la Concordia* y que, á causa de haber sido ésta aplazada, manifestaban en las reuniones públicas su descontento. El nombre de Polonia era á propósito para conseguir que se echaran á la calle todas esas masas inofensivas y tontas que, en todos los motines, amparan á los perturbadores y dificultan la represión. Contaban, en fin, con la impericia del gobierno, y en cuanto á esto último, la realidad había de superar todas las esperanzas.

La consigna fué adelantada. El 13 de mayo, con el pretexto de llevar á la Asamblea una petición en favor de Polonia, una columna de miles de hombres avanzó por el bulevar hasta la plaza de la Magdalena. La intervención de su representante Sr. Vavin, conocido por su celo en favor de la desdichada nación, logró detener al gentío. Aquella manifestación fué considerada por muchos como un ensayo de la que se preparaba para dos días después.

Ni la Asamblea ni la Comisión ejecutiva podían ignorar el peligro, sobre todo cuando el partido demagógico no disimulaba sus designios. El pueblo estaba convocado para el 15 de mayo por medio de carteles. Era hora de tomar medidas.

La Asamblea había dictado ya un decreto que confería al presidente y á los cuestores delegados por él el derecho de requerir directamente la fuerza pública. Ante la proximidad del peligro, Buchez se esforzó en garantir con otras medidas la inviolabilidad del recinto legislativo. Entre estas medidas figuraban la designación de un comisario de policía especialmente encargado de velar por la seguridad de la representación nacional, y la orden dada al general Tempoure, que había reemplazado al general Duvivier en el mando de la guardia móvil, para que distribuyera el día siguiente cuatro batallones en torno del Palacio Borbón. Buchez suplicó, en fin, á Marrast que recomendase á los alcaldes de distrito que vigilasen sus circunscripciones respectivas (4).

La Comisión ejecutiva celebró consejo extraordinario el 14 de mayo por la mañana en el Pequeño Luxemburgo; á cuya reunión habían sido llamados el ministro del Interior, Sr. Recurt, y los generales comandantes de la guardia nacional, guardia móvil y ejército. El prefecto de policía, Sr. Caussidière, había sido convocado también; pero, con el pretexto de haberse luxado una rodilla, no asistió. Ordenóse al general Courtais que al día siguiente pusiese en pie de guerra mil hombres por cada legión. Estas fuerzas habían de ocupar el puente de la Concordia, las Tullerías, el Carrousel y el Louvre. En caso de peligro, esta fuerza, en número de cuatro mil hombres, había de acudir á la Asamblea y ser reemplazada en sus puestos respectivos por dos legiones de la guardia nacional. Otras legiones habían de proteger el Hotel de Ville y el Luxemburgo. Quedó también convenido que el general Foucher, que mandaba la primera división militar, tendría sus tropas dispuestas á ponerse en marcha. Estas tropas se componían de dos regimientos de infantería, dos regimientos de caballería que formaban un total de siete escuadrones, y una batería de artillería; en caso de necesidad,

(4) *Enquête parlementaire*, tomo I, pág. 196.

## II

las guarniciones de Versalles, Vincennes y demás poblaciones vecinas habían de ser llamadas. Para asegurar la unidad de acción, había que nombrar un comandante superior de la fuerza pública. El general Courtais solicitó tan alto cargo con una insistencia tanto mayor cuanto menor era su aptitud para desempeñarlo; pero por consideración á la milicia nacional que mandaba en jefe, no se atrevieron á negarle lo que pedía. Tomadas estas medidas, la Comisión ejecutiva redactó un manifiesto al pueblo de París, recomendándole que tuviese calma.

Una vez en el Estado mayor de las Tullerías, el general Courtais se apresuró á cumplir con los deberes de su cargo. Reunió á los jefes de cuerpo para darles instrucciones; pero más bien pareció suscitar consejos y recoger opiniones que dar órdenes formales. Poco habituado al mando, no supo revestir su lenguaje de esa forma clara y precisa que no deja á los subordinados ni duda ni vacilación. Creyó formular órdenes definitivas que no necesitaban confirmación ulterior; y, en efecto, algunos coroneles lo entendieron así. Pero otros comprendieron que las instrucciones del general no tendrían el carácter de órdenes hasta ser confirmadas por medio de un despacho procedente del Estado mayor. Entre estos últimos se hallaba el coronel de la primera legión, Sr. de Tracy, á quien estaba reservada la misión importante de defender la entrada del puente de la Concordia y por consiguiente el acceso al palacio legislativo (1). Más adelante se verán las consecuencias funestas de esta mala inteligencia.

Serían las once de la noche cuando los coroneles de la guardia nacional salieron del Estado mayor de las Tullerías. La ciudad estaba tranquila y silenciosa. En las regiones oficiales creyeron conjurada la tormenta anunciada para el día siguiente. Marrast, que mantenía con Huber, presidente del *Club centralizador*, extrañas relaciones, recibió de éste el aviso de que si no se tocaba llamada, la manifestación sería pacífica (2). Como el ministro del Interior, Sr. Recurt, mostrase alguna inquietud, el director de la Seguridad general, Sr. Panisse, le tranquilizó completamente. Sabiase que Barbés, Luis Blanc, Proudhon y Cabet eran hostiles á toda tentativa de desorden. En fin, el general Courtais, un instante alarmado por un informe del comisario de policía Samsón, había sido en seguida tranquilizado por uno de sus oficiales de Estado mayor que había recorrido al amanecer los barrios de la Bastilla, de Belleville y de Montmartre, sin notar ningún preparativo de insurrección, ni agitación alguna.

Entre siete y ocho de la mañana, la confianza del poder era la misma. Creían, sin duda, en una manifestación; pero esperaban que sería más numerosa que temible; y en caso de que fuese amenazadora, fiaban en las fuerzas encargadas, y principalmente en aquella primera legión, tan firme, reclutada en los barrios más amigos del orden, en aquella primera legión que tenía á su cargo la defensa de la entrada del puente de la Concordia contra la muchedumbre que desde la Magdalena se dirigía hacia la Asamblea.

(1) *Haute Cour* de Bourges, declaración del Sr. de Tracy, audiencia del 23 de marzo de 1849.—Carta del Sr. de Tracy (*Monitor*) del 3 de junio de 1848).

(2) *Haute Cour* de Bourges, declaración de Marrast, audiencia del 19 de marzo.

En tanto que el gobierno se abandonaba á sus tranquilizadores cálculos, la manifestación se organizaba en la plaza de la Bastilla. Allí estaba Sobrier desde antes de las nueve de la mañana. A esta hora empezaron á acudir individuos aislados, y un poco más tarde los clubs con sus estandartes, los delegados de las corporaciones y muchos obreros, estudiantes y guardias nacionales. La reunión se elevó pronto á diez mil hombres. Del seno de aquella muchedumbre salían repetidos gritos de «¡viva Polonia!» «¡viva la República!» No se veían armas. A pesar de algunos discursos sediciosos, el gentío parecía más bien alegre que irritado. La mayoría únicamente quería manifestar sus simpatías en favor de Polonia: los más osados se proponían hacer consagrar el derecho revolucionario de presentar peticiones á la Asamblea.

A las diez y media echó á andar el cortejo, al frente del cual iban Huber y Sobrier. En la vanguardia marchaban también los delegados del Luxemburgo, guiados por Lagarde y Blum. Raspail con su club iba á retaguardia. Como el tiempo era magnífico, las aceras y ventanas estaban llenas de curiosos. Los gritos y las chuscadas se cruzaban entre aquel gentío que aumentaba por momentos.

Al llegar al bulevar del Temple, el aspecto de la manifestación cambió casi súbitamente. Allí se agregaron á ella Blanqui y sus secuaces. Blanqui tenía poca fe en el éxito, pero una vez resuelta la empresa, á ella acudía con el violento ardor de su alma. Varios oradores, encaramados en bancos, arengaban y excitaban á los grupos. El lenguaje era cada vez más violento. «Vamos á visitar á nuestros dependientes, decían los obreros... Se han señalado veinticinco francos diarios ¡y nos disputan nuestro franco y medio!» Hablóse de la organización del trabajo; diéronse algunos gritos de «¡viva Luis Blanc!» La manifestación había reunido unos veinticinco mil hombres. Aparecieron de pronto algunas armas, que nadie se tomaba ya el trabajo de ocultar. El deseo de ir á la Asamblea y de acudir á la fuerza en caso de resistencia, se afirmaba cada vez más. Huber, que marchaba á la cabeza de la columna, recordó que no llevaba la petición y la hizo pedir á Raspail. Este adelantóse por calles laterales y se reunió con Huber á la altura de la Chaussée-d'Antin, quedando sorprendido de la animación del lenguaje y de la osadía de los designios. A medida que se acercaban á la Magdalena, más se acentuaban las disposiciones hostiles.

En el Pequeño Luxemburgo, en que se hallaban reunidos, los miembros de la Comisión ejecutiva se habían enterado de la formación del cortejo y de su partida de la plaza de la Bastilla. Los agentes de policía mezclados con los grupos no tardaron en anunciar al gobierno la agitación creciente. Caussidière avisó, por su parte, al presidente de la Asamblea, que muchos hombres armados, cuyo número podía crecer, se mezclaban con los manifestantes (3). En vista de tales noticias, la Comisión ejecutiva se apresuró á completar las medidas de defensa concertadas el día anterior. El general Fou-

(3) *Haute cour* de Bourges, declaración de Buchez, audiencia del 11 de marzo de 1849 (*Enquête parlementaire*, tomo I, página 166).

cher ordenó que las guarniciones de Vincennes, Saint-Denis, Versailles, Fontainebleau, Melún y Orleans marchasen inmediatamente á París (1). Dióse la orden de prender á Blanqui, Flotte y Lacambre, orden que fué á perderse como tantas otras en la prefectura de policía. A fin de poder hacer frente á todas las eventualidades, los miembros del gobierno se dividieron en dos grupos: Arago y Garnier-Pagés iban á quedarse en el Luxemburgo; Lamartine, Ledru-Rollín y Marie se trasladarían á la Asamblea (2). Los últimos informes habían causado una viva emoción, pero no una seria inquietud. Se contaba con la vigilancia del general Courtais.

Y ¿qué hacía mientras tanto el general?

Según las instrucciones de la víspera, cuatro mil hombres de las primera, segunda, tercera y cuarta legiones habían de ocupar, desde la seis de la mañana, el puente de la Concordia, el malecón, el jardín de las Tullerías, el Carrousel y el Louvre; y cuatro batallones de guardia móvil habían de estacionar delante del Palacio Borbón. La décima legión estaba más especialmente encargada de la custodia del palacio, situado en el décimo distrito. Estas fuerzas comprendían unos ocho mil hombres, más que suficientes para la protección de la Asamblea, máxime si se tenía en cuenta que las cuatro primeras legiones habían de ser apoyadas, en caso de necesidad, por la quinta y la sexta, y que las tropas acuarteladas en la Escuela militar ó en el Quai d'Orsay podía prestar un auxilio decisivo. El deber del comandante en jefe se reducía, pues, á cerciorarse de que sus órdenes habían sido bien comprendidas y serían bien ejecutadas. Pero las grandes responsabilidades, que levantan á las grandes almas, abaten á las pequeñas. El general Courtais estaba asustado del cargo que había ambicionado, y su turbación se unía á su inexperiencia. En vez de asegurarse de la ejecución de sus órdenes de la víspera, se puso á dar órdenes nuevas desde por la mañana temprano. Convocó á las cuatro legiones de los suburbios y perdió hora y media en conferencias con sus jefes. Hizo trasladar al jardín de las Tullerías los mil hombres de la segunda legión que ocupaban el muelle, cerca del puente Nacional. Ordenó á la cuarta legión, que había de custodiar el Louvre, que tomara posición á la entrada del puente de la Concordia, puesto que en las conferencias de la víspera había sido reservado á la primera legión. Sin embargo, no se dió aviso alguno á esta primera legión, que parecía olvidada. La orden dada á las ocho á la cuarta legión, bajo la firma del general Courtais, no llegó hasta tres horas después, firmada por el subjefe de Estado mayor, Sr. Saisset (3). Las nuevas instrucciones, mal combinadas, sembraron incertidumbres en vez de disiparlas.

Así y todo, si el comandante en jefe hubiese inspeccionado personalmente y temprano los puntos que había que defender, hubiera sin duda concentrado en

ellos las fuerzas necesarias. Desgraciadamente, el general Courtais permanecía inmóvil en el Estado mayor. Cerca de las once y media montó á caballo y salió de las Tullerías. Al llegar á la calle de Rívoli se enteró de que la columna popular hacía más de una hora que bajaba por los bulevares. El general se fué á escape á la plaza de la Concordia, donde buscó en vano las fuerzas que allí habían de estar reunidas para la defensa del puente.

En aquel momento la vanguardia de la manifestación desembocaba en la plaza de la Magdalena. En vez de correr al jardín de las Tullerías, al Carrousel, á la primera alcaldía, para reunir á los guardias nacionales disponibles y echarlos en masa á la entrada del puente, el general Courtais, fiando en su prestigio personal, lanzó su caballo al encuentro de los amotinados y trató de apaciguarlos. ¡Vana ilusión! En las primeras filas se encontraban los clubistas más violentos; varios indicaron por señas que llevaban armas ocultas; circularon los gritos más sediciosos: «Hay que acabar con esos tunantes, decían refiriéndose á los diputados. Hay que hacerlos salir por la puerta ó por la ventana (4).» «¡Viva Polonia!» exclamó el general. Pero su voz se perdió entre los clamores de la muchedumbre; la bandera polaca ondeaba todavía en el aire, pero ya nadie se acordaba de Polonia. Uno de los manifestantes se acercó al ayudante que acompañaba á Courtais y le manifestó: «Decid á vuestro jefe que respetamos sus canas, pero que queremos entrar en la Cámara y entraremos (5).»

El pobre comandante en jefe volvió grupas hacia al plaza de la Concordia. Eran más de las doce. Las primeras filas de la manifestación le seguían de cerca. El puente de la Concordia, clave de la posición, sólo se hallaba defendido por trescientos cincuenta hombres de la cuarta legión que acababan de llegar del Louvre (6), y por dos ó trescientos hombres del 8.º batallón de guardia móvil, escalonados detrás de la guardia nacional. «¿Dónde está la primera legión?» exclamó el general estupefacto. Hemos dicho que el día antes, en el Estado mayor, se había acordado que mil hombres de esta legión ocuparían desde las primeras horas de la mañana siguiente la entrada del puente de la Concordia. Por desgracia, el coronel, Sr. de Tracy, había considerado que las instrucciones orales, para tener carácter definitivo, habían de ser confirmadas por una orden escrita. Los mil hombres de la legión, reunidos á las órdenes del comandante Bourcard, esperaban desde las nueve y media, en la primera alcaldía, el momento de marchar; animados del mejor espíritu, les tenía tan irritados su inacción, como sorprendido le tenía al jefe su ausencia. Presintiendo una mala inteligencia, el general envió finalmente á la alcaldía la tan deseada orden. El comandante Bourcard se puso en seguida en marcha; pero, al desembocar por la calle de los Campos Elíseos, vió la plaza llena de gente y la manifestación más allá del Obelisco; considerando imposible ganar el

(1) Memoria del general Foucher (*Enquête parlementaire*, tomo I, pág. 206).

(2) Actas de las sesiones de la Comisión ejecutiva, sesión del 15 de mayo (*Enquête parlementaire*, tomo II, pág. 40).

(3) *Haute cour* de Bourges, declaración de M. Ramond de la Croisette, coronel de la cuarta legión, audiencia de 20 de marzo de 1849. Declaración de M. Saisset, subjefe de Estado mayor de la guardia nacional, audiencia del 21 de marzo de 1849.

(4) *Haute cour* de Bourges, declaración de Dautriche, audiencia del 10 de marzo.

(5) *Haute cour* de Bourges, declaración de Thenen, audiencia del 20 de marzo.

(6) Habían llegado en virtud de la orden dada á las ocho por el general Courtais y recibida solamente á las once por mediación del Sr. Saisset. (Véase más adelante.)

puente, modificó el movimiento de la columna y la dirigió hacia la explanada de los Inválidos en espera de los acontecimientos (1). Por consiguiente, la única fuerza que en aquel momento crítico cubría el camino del Palacio Borbón consistía en unos seiscientos hombres entre guardia nacional y guardia móvil.

A pesar de todo, la entrada del puente era tan fácil de defender, que estas fuerzas, á pesar de ser tan escasas, bastaban para cerrar el paso á la muchedumbre, sin contar con que, en breves momentos, podían llegar refuerzos de la margen izquierda que quedaba libre. El presidente de la Asamblea había prescrito la resistencia, y tanto los guardias nacionales como los guardias móviles parecían dispuestos á ella. ¿Qué pasó entonces en el ánimo del general Courtais? Su espíritu, que ya se doblaba bajo el peso considerable de su mando, ¿se abatió del todo? La idea de una colisión posible ¿le turbó hasta el olvido de sus deberes militares? Lo que parece cierto es que él mismo alineó sus tropas en las aceras para dejar libre el arroyo del puente (2). Como le objetaran las órdenes del presidente de la Asamblea, contestó: «Yo mando sólo.» Hasta afirmaron que añadió estas palabras: «¡Paso al pueblo!» (3). En aquel momento la vanguardia de la manifestación llegaba al río. «¡Adelante!» gritó Blanqui. La muchedumbre avanzó por el puente, pasando entre el doble cordón de los defensores del orden que asistían, descansando sobre las armas, á aquel extraño desfile.

Aún no se había perdido toda esperanza de evitar una invasión de la Asamblea. Al extremo del puente se hallaba escalonado, bajo el peristilo del palacio, el 5.º batallón de guardia móvil, cuyas bayonetas se veían brillar. Cierta es que se observaban algunas señales de vacilación en aquella tropa bisoña. Pero el espíritu general no parecía malo, y el comandante, Sr. Bessac, daba pruebas de las disposiciones más firmes. Parte de la décima legión estaba sobre las armas allí cerca. En aquel momento, el general Foucher, justamente inquieto, hacía salir de la Escuela militar los cuatro batallones del 11.º ligero y del 61.º de línea, teniéndoles dispuestos á marchar. En fin, el segundo regimiento de dragones se hallaba acuartelado en el muelle de Orsay. El general Courtais desplegó tanto celo en desarmar á la fuerza pública, como lentitud había mostrado por la mañana en organizarla. Ordenó al comandante del quinto batallón móvil que envainase las bayonetas. El comandante resistió al principio y finalmente reclamó una orden escrita. Intervino uno de los cuestores, M. Bureau de Puzy. «General, le dijo, asumí una responsabilidad terrible (4).» Hasta el personal del palacio Borbón aventuró algunas observaciones. Todas las instancias fueron inútiles. Aun estaban cerradas las verjas, débil y última muralla contra la invasión; Courtais las mandó abrir para dejar pasar á algunos delegados. Ras-

(1) *Haute cour* de Bourges, declaración de Bourcard, audiencia del 20 de marzo.—Máximo Du Camp, *Souvenirs de 1848*, página 159.

(2) *Haute cour* de Bourges, declaraciones de Clouwez, Fraix y Chevalier, audiencia del 20 de marzo de 1849.

(3) *Haute cour* de Bourges, declaración de Chevalier, audiencia del 20 de marzo de 1849.

(4) *Haute cour* de Bourges, declaración de Bessac, audiencia del 14 de marzo.—Declaraciones de Hingray y Bureau de Puzy, audiencia del 20 de marzo.

pail, Blanqui y unas cincuenta personas más se precipitaron dentro (5). Algunos de los más impacientes escalaron la verja y subieron las gradas del peristilo. Lamartine, siempre valeroso, Lamartine, que acababa de salir del salón de sesiones, se encaró con ellos. Pero fué saludado con gritos de «¡muera Lamartine!» Su voz, que tantas veces había apaciguado los tumultos, resultó entonces impotente. Al mismo tiempo, los faciosos que no habían podido penetrar por la reja del peristilo se metieron por la calle de Borgoña, llegaron al palacio Borbón y forzaron la entrada principal del edificio. En vano el coronel Hingray, Anthony Touret y otros trataron de contener la muchedumbre; ésta se precipitó por todas las puertas. En aquel momento, el general Courtais, culpable, no de traición, sino de debilidad, de una debilidad increíble, sintió todo el peso de su responsabilidad. «Soy hombre perdido, soy un hombre deshonorado, dijo al coronel Hingray; la Asamblea va á ser invadida (6).» No se engañaba. El palacio estaba ya en poder de la muchedumbre: el recinto de la representación nacional iba á ser violado.

### III

La sesión parlamentaria se había abierto á las doce. Esperábanse vivas emociones, pero no un tumulto popular. Además, como se habían anunciado para aquel día varias interpelaciones sobre Polonia é Italia, la perspectiva de un gran torneo oratorio había atraído mucha gente al Palacio Borbón. Después de un discurso del Sr. de Aragón y una contestación del ministro de Negocios extranjeros, el Sr. Wolowski subió á la tribuna para defender la causa de Polonia. Apenas había pronunciado algunas frases, cuando un rumor sordo y lejano al principio, y luego cada vez más próximo, se oyó fuera. Sin embargo, el orador continuó su discurso. Pero el clamoreo redoblaba y se hizo tan violento, que á ratos cubría la voz de la tribuna. «¡Continuad!» exclamaron los representantes, que se preciaban de conservar su impassibilidad. De pronto, uno de los cuestores se precipitó en el salón y dijo vivamente emocionado: «Ciudadanos, disteis el mando necesario para la seguridad de la Asamblea al presidente y á los cuestores. En contra de las órdenes dadas por los cuestores, el comandante en jefe de la guardia nacional ha exigido que la guardia móvil envainase las bayonetas.» Durante estas palabras, habían penetrado en las tribunas algunos individuos que gritaron, agitando banderas: «¡Viva Polonia!» Siguiéronles varios grupos de amotinados que llenaron las galerías altas del fondo: los más atrevidos se descolgaron por las columnas y fueron á mezclarse con los representantes estupefactos. En medio de la agitación universal, el presidente hizo esfuerzos inútiles para restablecer la calma. Se cubrió y se descubrió varias veces, dudando entre ceder ó resistir á la tormenta. Barbés y Tomás se disputaban la tribuna, cuando se abrieron las puertas del salón cediendo el paso á un gran número de clubistas, entre ellos Blanqui, Sobrier y Raspail. La violación se había consumado.

(5) *Haute cour* de Bourges, declaración del comisario de policía Bertoglio, audiencia del 10 de marzo.

(6) *Haute cour* de Bourges, declaración de Hingray, audiencia de 20 de marzo.